www.elboomeran.com

Fachadas

Eric Lundgren

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

Fachadas

Eric Lundgren

Traducción de Esther García Llovet

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

Para Eleanor, mi guía de las ciudades

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

Creemos, por así decirlo, que este gran edificio existe hasta que descubrimos, aquí y allá, algunas de sus esquinas.

Ludwig Wittgenstein, *Sobre la certeza*

Puedes abandonar el vuelo cuando quieras —me dijeron—, pero llegarás a otro Trude, exactamente igual, detalle por detalle. El mundo está cubierto por un solo Trude, sin principio ni fin. Sólo cambia el nombre del aeropuerto.

Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

1

Salía a conducir por el centro, cada noche, en busca de mi mujer. El tráfico de la hora punta avanzaba por el carril opuesto, al otro lado de la medianera, mientras yo me dirigía hacia el este por la I-99, sin obstáculos ni dilaciones, convencido de ir en la dirección equivocada. La ciudad iba levantándose ante mis ojos, las luces dispersas de los viejos edificios componían en la noche las notas volátiles de un pentagrama. ¿Qué esperaba encontrar ahí, en la ciudad? La gente no desaparece sin más, o eso creía yo entonces. Dejan huellas, notas, recados. Ecos. Si Molly había salido de su ensayo en la Ópera para ir a la tienda de la esquina y no había llegado nunca a aparecer allí, ni tampoco regresado, entonces tenía que haber dejado alguna huella de su paso. Así se lo dije a la policía después de cumplimentar el Formulario de Persona Desaparecida en la comisaría del distrito diez de Trude. «No siempre es como en "Hansel y Gretel", sabe», me dijo el detective, un tipo llamado McCready que cubría el turno de noche aparentemente solo, rodeado de las tenues luces de los ordenadores parpadeando en modo pausa. Llevaba el pelo al uno y una sola y espesa ceja, tenía la pinta de un mecánico que arregla las máquinas a mano, sin herramientas. Escuchó mi historia mientras tomaba notas en su cuaderno de bolsillo, un mero escribano. En su mesa, en lugar de la habitual foto de familia, tenía un retrato de grano grueso de Wittgenstein. En el marco de acero anodizado podía leerse esta cita errónea: «El caso es todo lo que es el mundo». McCready prometió llamarme en cuanto surgiera algo, pero yo no estaba de humor para quedarme cruzado de brazos. Me dispuse a recorrer las calles por mi cuenta, con los bolsillos llenos de bolsas de plástico, bolsas de pruebas policiales. Un especialista en aceras, eso me volví. Seguía sus probables pasos en círculos cada vez más

www.elboomeran.com

amplios que siempre se cerraban en el Palacio de la Ópera, adonde llegaba con las manos vacías y el saludo del guardia nocturno.

Este guarda nocturno había sido la última persona en ver a Molly, algo que lo convertía, de facto, en una autoridad sobre su desaparición aunque con el tiempo, cuando se lo interrogó, admitió no ser «tan observador». Apenas notaba mi presencia cuando entraba o salía. Se limitaba a mirarme con su ojo bueno, un ojo que se acomodaba de nuevo y de inmediato en su mejilla mullida.

Mi mente proyectaba su imagen sobre la ciudad, su presencia ondulante. Empezaba las noches como un depredador que al poco camina con torpeza, un sonámbulo. Doblaba cada esquina con la convicción de que estaba cerca, pero lo que realmente encontraba en esas calles tortuosas eran apariciones que se esfumaban apenas las descubría. La curva de su espalda en la sombra de una farola. El salpicado de sus pecas en el yeso descascarillado. Sus ojos en el intermitente de un semáforo estropeado.

Quizá no conozcas nuestra ciudad, a la que solían describir como el camino a ninguna parte, que es como decir ninguna parte, a la deriva en el monótono y plano vacío que va de una a otra costa. Llevo aquí toda la vida y lo digo así de claro: es fácil perderse aquí, «piérdete en Trude», ése fue nuestro eslogan turístico, pero no llegó a cuajar. Era demasiado acertado. Redundante. Cuando preguntabas a un turista qué le había parecido su visita se refería a la ciudad con ese término alemán, *platzganst*. Y de esto no tienen la culpa mas que los fundadores de la ciudad, de esta angustia que te atrapa cuando intentas, sin conseguirlo, atravesar una plaza que no se acaba nunca. Si consultamos el *Plano artístico de la ciudad de Sitte* a modo de guía, descubriremos que nuestros antiguos patriarcas diseñaron un centro urbano que aún luce muy hermoso sobre el plano, una ciudad aclamada como «la Múnich del medio oeste» a finales de 1890. Pero el siglo XX no ha sido nada amable con ella. Los grandes hoteles todavía anuncian habi-

www.elboomeran.com

taciones por diez dólares la noche entre ventanas cegadas con cartón. Grandes mansiones decrépitas se derrumban sobre los bulevares, cubiertas de grafitis. El dinero, y su tendencia gaseosa al escape, acabó por depositarse en los suburbios del Bosque de Sherwood y en Nueva Arcadia.

Yo era un viejo prematuro vagando por la cuadrícula de la ciudad, la ciudad en damero, por decreto, así se había proyectado Sitte. Por este decreto los cruces tenían noventa grados, cruces que yo transitaba al recorrer estrechas callejuelas y callejones sin salida. Calles que morían de golpe en plazas minúsculas con fuentes atrapadas entre la hiedra silvestre y estatuas corroídas por la lluvia y la nieve. Estas estatuas se encontraban, por instrucciones del mismo Sitte, en las esquinas en lugar de en el centro (se había tomado esta decisión tras observar dónde colocaban los niños sus muñecos de nieve). Los callejones serpenteaban entre los edificios como las arterias más siniestras de la criminalidad. Si te tomabas al pie de la letra los titulares algo histéricos del *Trude Trumpet*, la ciudad parecía infestada de delincuentes, acechantes tras las bocas de riego y los monumentos al progreso cívico. Dormían en edificios abandonados, con avisos ya fantasmagóricos de bombachos, zapateros y cereal en grano.

Éstas eran las calles por las que caminaba ese mes de mayo, después de que Molly saliera a comprar un huevo para aclararse la garganta y no volver jamás. Estaba resultando un mes más frío de lo habitual, pero yo no me daba ni cuenta. Sólo la lluvia resultaba húmeda y eso era todo. Cada noche empezaba mi ronda en el Palacio de la Ópera, cerca de la esquina de la avenida Hamsun y Sinuous Lane, seguía más allá de los robustos pilares de la Biblioteca Central y bajaba por callejuelas desiertas donde asomaban viejas tiendas de relojes. Los relojeros achinaban los ojos buscándome detrás de sus lupas. A veces encontraba carteles empapados anunciando una ópera en la que mi mujer había actuado. Los carteles mostraban las

www.elboomeran.com

críticas del *Trumpet* («Nada de señorona gorda… Molly Norberg es una gran belleza»). Estaban medio pelados y descoloridos y su cara resultaba apenas reconocible con tanto maquillaje, pero en mi memoria su dulce imagen empezaba a desvanecerse y arrancaba esos carteles de las paredes y las farolas para luego amontonarlos en el maletero de su coche.

La maestra de canto de Molly, la anciana frau Huber, vivía con su achispado marido en la segunda planta del hotel Ambassador, con ellos como únicos huéspedes. Eran los propietarios de dos apartamentos, uno frente al otro, al final de un corredor, y dejaban las puertas siempre abiertas salvo en las ocasiones, cada vez más raras, en que frau Huber daba clase. Los dos apartamentos apenas alcanzaban para almacenar las montañas de partituras y viejos discos de vinilo. Los pianos y los instrumentos de cuerda mostraban diferentes y progresivos estados de deterioro, apoyados en fila contra la pared. Cuando llegué al Ambassador, los Huber se encontraban tocando la *Sonata a cuatro manos* de Beethoven, cada uno en su lado respectivo del corredor. Todavía no estaba preparado para oír música, me pareció que era prematuro. Tocaban fuera de acorde. El afinador de pianos llevaba mucho tiempo sin aparecer por allí. Los ratones trepaban por las paredes desconchadas, enormes gatos callejeros salían a mi paso por los corredores. Tuve que llamar al oxidado timbre de servicio de la habitación para llamar la atención de frau Huber. Levantó sus nudosas manos artríticas del teclado como si la hubiera sorprendido haciendo algo indebido. Los acordes de su marido siguieron sonando a falta de una melodía.

—Querido mío —susurró—. Debes de tener hambre.

Se fue a la cocina a hacerme un té mientras herr Huber entró en la habitación haciendo crujir las articulaciones de sus dedos y se sentó conmigo en una mesa cubierta de libros y partituras que

www.elboomeran.com

apenas dejaban que nos viéramos el uno al otro. Apareció una caja de lata con unas cuantas chocolatinas rancias. Frau Huber siempre había representado una figura materna para Molly, cuyos padres habían muerto jóvenes; y mientras mordisqueaba una polvorienta trufa me di cuenta de que también yo consideraba a frau Huber como una especie de suegra. Molly tenía su nariz. Llevaba el pelo cano peinado en una trenza recogida en la coronilla. Tenía la costumbre, como Molly, de ir a la nevera, cascar un huevo en la encimera y con un grácil movimiento dejar caer la yema al tiempo que aplastaba la cáscara en el hueco de la mano. Era una *mezzo*, como Molly. En los meses previos a su desaparición, mi mujer probablemente había pasado más tiempo con frau Huber que en casa conmigo. Ver a la anciana así, como otra transparente nube de vapor de la tetera, fue como siempre imaginé que vería a Molly en el futuro. Su marido seguía sentado, embutido en su chaleco, tamborileando a Beethoven sobre el roble manchado de la mesa. Como su inglés era limitado y el mío tampoco estaba en plena forma, no éramos una buena pareja en lo que a charla se refiere.

—Hay cosas que pueden decirse con la música pero no con las palabras —dijo frau Huber, dejando caer en su té un terrón de azúcar tras otro.

La edición matinal de *Trumpet* se encontraba torpemente colocada en el centro de la mesa. Los titulares, en gruesa tipografía, resultaban imposibles de evitar: «Desaparición de diva local en el centro de la ciudad».

—También hay cosas que la música no puede decir —añadió.

—¿Notó algo raro en Molly en su última clase? —pregunté.

—Nada raro —dijo—. Hablas como un policía.

—¡Ya han venido dos veces! —ladró herr Huber.

—Los interrogatorios le ponen nervioso —dijo frau Huber, empujando la lata de galletas en mi dirección. En la tapa había una

www.elboomeran.com

reproducción de dos niños caminando de la mano por un sendero que se internaba en un bosque oscuro.

Había una vieja catedral por el centro, un claustro que había sido el refugio de un pequeño grupo de conservadores y tradicionalistas que había caído en desgracia ante el arzobispado de la ciudad. Allí las misas se habían cantado en latín hasta que la diócesis reclamó el edificio y la pequeña congregación quedó a su suerte. Hacía muy mal día cuando llegué. Aquél era un lugar resguardado donde esperar a que escampara, aunque había goteras en el techo y una larga mancha de agua había echado a perder el mosaico que representaba a los santos y misioneros que trajeron la fe a Trude. Querubines de oro y palomas de plata guardaban el altar saqueado. Sobre el suelo, desordenados como un puzle abandonado por un niño, estaban los vitrales rotos a pedradas. Los fragmentos formaban a medias un rostro sagrado, un cielo roto. Éstos también me recordaban a Molly. Recogí los cristales y me los guardé en los bolsillos para más tarde reconstruir con ellos una imagen que tuviera sentido. Tiempo atrás, bajo esas mismas ventanas, me había sentado en esa catedral para escucharle cantar la *Rapsodia para contralto* de Brahms.

Siempre había dado por sentado que me encontraba solo, esperando a que escampara. Sin embargo, una noche, el haz de una linterna dividió la oscuridad en dos bajo los puntales. La luz parecía provenir de los tubos del órgano. Un cura, sin afeitar, con una arrugada sotana llena de quemaduras, apareció, pequeño y asustado, entre los inmensos cilindros metálicos.

—¿Puedo ayudarle en algo? —gritó con una voz que sonó distante y enojada.

—Me llamo Norberg —dije— y estoy buscando a mi mujer.

Un hombre más joven, de largo cabello rubio y camisa con chorreras apareció delante del órgano.

—¿Que eres qué?

www.elboomeran.com

Levanté uno de los carteles de la ópera (uno de los más realistas que tenía) que mostraba la cara más o menos reconocible de mi mujer bajo el maquillaje. El cura dirigió su linterna hacia la cara pálida y pecosa de Molly, a su nariz respingona. En una ocasión había empezado a contar sus pecas, una por una, con pedante lentitud, hasta que ella me apartó en una tormenta de dientes blancos y rizos pelirrojos.

—Oh, vaya —dijo, mirando hacia abajo—. ¿Ella era tu mujer?

—Es. Es mi mujer.

—Una vez cantó para nosotros —dijo el más joven—. Por aquel entonces yo era el encargado de la programación musical.

—Lo sé. La escuché desde los bancos.

—Señor Norberg —dijo el cura. Al parecer la proximidad con el órgano le había dejado algo sordo—. ¿Ha visto a los ladrones de ladrillos ahí fuera?

—No te pongas paranoico —soltó el más joven.

Rocé con los dedos los pedazos de cristal en los bolsillos de mi americana.

—No.

A unos metros de mí el ala de un ángel de piedra cayó desde lo alto partiéndose en mil pedazos detrás de un banco.

—Estos ladrillos están muy cotizados en el marcado negro —dijo el cura—. ¿Seguro que no ha visto a nadie?

—Vi a unos chavales ahí fuera —dije—. Creía que estaban descansando, nada más.

—Mejor no pensar en esas cosas —dijo el más joven—. Su mujer venía mucho por aquí antes de la… antes de su… ¿Lo sabía usted?

—No.

Su cara estaba tan rasurada que me pregunté si se afeitaba con un cristal de los vitrales.

—Sí, solía venir aquí de noche, como hace usted.

—Me gusta el edificio —dije.

www.elboomeran.com

—Parecía que... ¿se dio usted cuenta, padre? Parecía que se tomaba mucho interés en nuestros eunucos.

—¿Sus eunucos?

—Creo que están muy logrados, ¿no le parece?

El joven tomó la linterna del cura y la dirigió hacia las rechonchas figuras sin sexo cinceladas sobre el arco del transepto. Flotaban entre las vigas, los labios entreabiertos, embelesados en su feliz carnalidad.

—Aunque, claro, hay tanta belleza en esta catedral que resulta difícil saber qué mirar. Es el problema del Barroco. Desde que la diócesis nos abandonó intentamos ver el lado positivo, sabe. Quizá si la catedral perdiera parte de sus maravillas, como los vitrales o los mosaicos, los futuros visitantes no la encontrarían tan... excesiva.

—¿Para qué querría nadie nuestros ladrillos? —preguntó el cura—. ¿Es que no hay bastantes edificios de ladrillo vacíos por aquí? ¿Acaso es que los quieren bendecidos?

—Y esa voz.

El joven abrió los brazos como queriendo abrazar la envergadura del órgano, como si tal abrazo imposible pudiera abarcar la poderosa voz de Molly cuando cantaba.

—Qué voz la suya, Dios mío.

Mi última incursión al centro fue a uno de esos barrios de Trude que nadie visita de noche. Caminaba de vuelta al coche, aparcado en la plaza de Sinuous Lane con el bulevar Dead Mayor. Me había detenido para contemplar una muestra, particularmente interesante, del vandalismo local. Algún provocador ocioso, en un acceso nocturno de angustia y rabia, había seccionado la parte inferior de una señal de cruce de peatones. La figura, tan resuelta en su marcha, el cuerpo dirigido al frente, era ahora un hombre en caída libre, sus extremidades cuatro franjas inútiles. Me encontraba admirando el resultado cuando noté la punta de un cuchillo en la espalda a la que siguió una mano extrañamente tranquilizadora en mi hombro que me

www.elboomeran.com

mantuvo clavado en el sitio, y por un momento no supe si tensarme o relajarme. Hacía tiempo que no me tocaba nadie.

—Voy a cogerte la cartera —dijo la voz de tenor a mi espalda.

—Bien, de acuerdo —repuse, calculando con tristeza la cantidad que mi jefe me había entregado para pasar el apuro de fin de mes.

Sacó la cartera. Oí cómo el matón contaba los billetes con la fruición satisfecha del lector pasando las páginas de una novela barata. Había bajado el cuchillo, así que me di la vuelta. Su delgadez se veía mitigada por la piel mullida y blanca de un abrigo largo. Sus mejillas duras y estrechas. La piel del rostro cruzada de marcas. Después de guardarse el dinero me miró de arriba abajo.

—Dios, ¿pero qué te ha pasado, hombre? —me preguntó.

No contesté. Arrojó el billetero en mi dirección.

—¡Gracias! —grité.

No le dije a mi asaltante que me recordaba a mi hijo, quien padecía la misma afección en la piel, mi hijo que permanecía solo en casa cada una de las noches de mi búsqueda. Cada noche que yo merodeaba por la ciudad, persiguiendo mi particular y cada vez más descolorida película de Molly, Kyle la había pasado completamente solo.

Me demoré en la plaza hasta mucho después de que la nube vaporosa del abrigo del ladronzuelo desapareciera en la oscuridad del callejón. Mi única compañía era la de la estatua de bronce del alcalde Trudenhauser, de quien había tomado el nombre la ciudad. Al parecer había dividido su apellido después de una serie de fracasos públicos y privados allá por 1890; una sucesión de derrotas que lo habían dejado apático y algo atemorizado. Miré su sombra oronda sobre los adoquines. Mientras me fumaba mi último cigarrillo vi claramente, y por primera vez, que esas expediciones nocturnas tenían que acabar ya, que no iba a encontrar nada ahí, que tenía que empezar a regresar a casa después del trabajo. A mi lado el alcalde contemplaba las agujas paradas de su reloj de bolsillo. Sus pesados ojos, deteriorados por la lluvia y el óxido, parecían casi humanos.

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

2

Nuestra casa había sido construida en 1909 y se erguía en una suave pendiente plagada de mil encantadores defectos. Uno de los pasatiempos preferidos de mi hijo cuando era pequeño consistía en dejar rodar canicas de un extremo a otro del cuatro de estar. Las canicas iban ganando velocidad sobre las tablas desiguales y emitían un sordo retumbar; cuando finalmente golpeaban la puerta hasta casi saltar por la ranura del buzón, Kyle aplaudía con placer. Debía de confiscarle las canicas cuando el juego distraía a su madre en sus ejercicios de voz. Su rostro compungido me hacía sentir como un criminal mientras las guardaba en un cajón fuera de su alcance. Entonces Kyle contaba ya dieciséis años. Molly había empezado a referirse a él con una risa cauta, como «el perturbado adolescente que estamos criando». La desaparición de su madre no era más que otra de una serie de afrentas personales, así le parecía. Permanecía encerrado en su habitación del sótano donde tecleaba en su ordenador, bañado en un resplandor azulado; mientras arriba las teclas del piano acumulaban polvo junto a las partituras del atril, unas trivialidades de Mendelssohn.

Molly acechaba desde lo alto de nuestra casa torcida como un casero ausente. En mis idas y venidas del sofá a la nevera y a la cama, pasaba junto al viejo reloj familiar, regalo de un anciano admirador, junto a la máscara que había llevado en su primera representación de *Aída*, y también junto a otros recordatorios más modestos como las notas escritas a mano y pegadas en la nevera y en el tablón de corcho. «Comprar toallitas de papel.» «Sven al oftalmólogo.» Y otras notas cuyo significado me parecía ya indescifrable. Resultaba descorazonador comprobar cómo su elegante

www.elboomeran.com

letra cursiva había dado paso a mi letra rígida de carpintero. Había retrasado el hecho de comprar las toallitas de papel y visitar al oftalmólogo sólo para que ella permaneciera así, todavía imprescindible, en nuestras vidas. Cuando finalmente acabé por comprar las toallitas, guardé su *post-it* en una de las bolsas de pruebas policiales, aunque me pregunté de qué podía ser prueba eso. ¿De que había estado alguna vez aquí, haciendo cosas tan banales como escribir la lista de la compra? Yo seguía igual de tozudo en cuanto a mantener el programa de prácticas de piano pegado en la puerta de la nevera. Kyle llevaba meses sin practicar, así que el programa, antes marcado con grandes X de tareas cumplidas, ahora no era más que una cuadrícula en blanco. Unas semanas después de la última fecha del programa, lo arranqué de la nevera (el papel parecía resistirse) y se lo entregué a mi hijo, que en ese momento se estaba secando las manos junto al fregadero. Lo arrugó y lo arrojó lejos de sí.

—¿Qué? —me dijo, viendo cómo lo miraba—. Ni que fuera una reliquia sagrada.

Ya sólo me sentía a salvo en el viejo sillón destrozado por los gatos. El sillón era la pieza más querida que conservábamos del principio de nuestra relación, de nuestros «días de espaguetis», tal como los llamaba Molly, cuando ella se limitaba a ser segunda asistente o chica del coro con trenzas o cantaba en los mal pagados anuncios de televisión. El viejo sillón, de madera oscura y gastada, era lo bastante grande y robusto como para soportarnos a los dos cuando ella se subía a mi regazo desde un costado, como solía hacer en aquellos días de espaguetis. Había sobrevivido a nuestros primeros apartamentos pequeños y sórdidos de juventud, y todavía conservaba su presencia atávica. Sólo tolerado por razones sentimentales, lo escondíamos en cualquier parte cuando teníamos visitas. Siempre lo había preferido al sofá que más tarde compró Molly y ahora mi amor por él era exclusivo (mi hijo evitaba

www.elboomeran.com

entrar en el cuatro de estar). Lo había colocado delante de mi nuevo amigo, el televisor, y fue ahí, después de quedarme medio dormido una tarde, donde la descubrí de nuevo, apenas a unos pasos, cantando el papel de Marta en el *Fausto* de Gounod en nuestra cadena local de televisión.

—¡¿Molly?! ¡¿Molly?! —le grité, tal como estaba gritando en el sueño del que despertaba, pero ella siguió cantando en francés de asuntos que no me concernían.

Esa noche, en la escalera, pasé junto a los tres retratos de mi mujer. Estaban sin firmar y habían aparecido en la puerta de entrada de casa un par de años atrás, envueltos en papel corriente de color marrón. El pintor anónimo tenía ese estilo erótico y detallado de Balthus. En toda la serie, el pelo de Molly parecía una llama ardiendo. El primero lo habíamos colgado al pie de la escalera y mostraba a Molly sobre el escenario de un anfiteatro en ruinas, vestida con una toga, su cuerpo aún más robusto que las columnas que la rodeaban. Cientos de hombres con idénticos rostros grises, trajes grises y corbata componían el público. Estos mismos hombres aparecían en el segundo cuadro, situado en el rellano. Era una composición algo extravagante que mostraba a Molly cantando en un claro del bosque, desnuda salvo por unas flores y zarcillos estratégicamente situados. Los hombres de gris revoloteaban a su alrededor con minúsculas alas que parecían de paño. Un caballerete intrépido se encontraba a punto de volar dentro de la caverna de su boca, exageradamente grande, de lengua mullida y vibrantes cuerdas vocales. El tercer cuadro era el que más me perturbaba, quizá porque era el último que veía antes de entrar en el dormitorio cada noche. Era más realista y clásico que el resto, y representaba a Molly en su camerino, sentada frente a un espejo rodeado de bombillas. Se estaba pintando los labios. Reflejado en el espejo aparecía el mismo hombre de gris, pero la composición del cuadro no permitía saber si se encontraba realmente ahí, si era una pre-

www.elboomeran.com

sencia tras ella, o no era más que una imagen que ella veía al mirar el espejo.

El día después de que Kyle finalizara el curso trajimos de nuevo la mesa de ping-pong, a rastras desde el garaje. Destrozamos varias telas de araña, quitamos los trapos que la cubrían y la hicimos pasar con cuidado por la puerta principal. Nos detuvimos un momento a descansar en el recibidor, respirando pesadamente.

—Podemos colocarla junto al piano —dijo Kyle—, ahora que voy a dejar de tocar.

—De eso nada —repliqué con poca convicción.

—Soy un desastre —me dijo—. Sabes que soy un desastre.

Deslizamos el taburete bajo el Steinway que ya habíamos arrumbado contra la pared. Al abrir las rígidas patas de la mesa de ping-pong cayeron varias arañas que habían anidado en las junturas, repletas de huevos. Nos paramos a admirar la mesa, su incongruencia adolescente en el orden adulto de la habitación, y sacamos las palas. Molly era quien se había encargado siempre de los quehaceres más serios de Kyle, el colegio, el piano, mientras que lo mío habían sido los juegos. Con él me relacionaba mejor como competidor. Ahí estaba mi oponente al otro lado de la mesa, con capucha, algo siniestro, vestido con la misma camiseta negra que había llevado casi todo el invierno. Las finas cicatrices de la psoriasis marcaban sus mejillas como los pliegues perpetuos en una carta muy querida. Su lado de la mesa se fue cubriendo de escamas de piel.

Jugábamos en un silencio tenso sólo roto por la letanía de puntuaciones y por algún «¡buen golpe!» ocasional. La pelota salía disparada por toda la casa. Kyle había desarrollado un golpe maestro desde la última vez que habíamos jugado. Había algo sordamente perverso en ese golpe pero no me importaba perder. Cada pelota que se caía de la mesa y rodaba por la tarima me recordaba a las canicas con las que Kyle jugaba cuando era más pequeño. También

www.elboomeran.com

debía recordárselo a él. También él debía de echar de menos la voz de su madre regañándonos. Cuando levanté la vista, con la pelota ligera y gris como la ceniza en la palma de la mano, descubrí a mi contrincante doblado sobre la mesa, con la capucha cubriendo su cara por completo.

—Escucha, chaval —le dije—. Lo siento. Siento no haber podido encontrar a tu madre.

—¿Papá?

Me lanzó una mirada que no le había visto desde que era niño, cuando intentaba expresar alguna cuestión existencial que le rondaba la mente. Una mirada de duda y de confianza, rápida, implorante.

—¿Sí?

—No me llames así —dijo.

—¿Así, cómo?

Suspiró.

—Las tres últimas semanas he estado usando tu tarjeta de crédito para pagar la pizza a domicilio.

—Está bien —dije; yo mismo tiraba las cajas a la basura.

Fui hasta su lado de la mesa y coloqué una mano paternal sobre su hombro. Luego la retiré.

El folleto apareció en el buzón pocos días después. Apenas le presté atención. Podría haberlo roto en pedazos en ese mismo momento y llevar los pedazos al trabajo o desperdigarlos por el barrio, pero no se me ocurrió hacer tal cosa. Tampoco impedí que lo viera Kyle, así que volvió a aparecer en medio de la mesa de la cocina y, como nadie limpiaba, ahí se quedó, con manchas de grasa en los márgenes y el rastro amarillo de los *nachos* que evidenciaban la lectura atenta de Kyle. Para mí no fue nada, sólo otra hoja parroquial en el buzón.

La historia, contada en viñetas, mostraba a un desconcertado adolescente en diversos escenarios de una catástrofe: junto a un

www.elboomeran.com

avión accidentado, en medio de un caos de tráfico. Los heridos se encontraban por todas partes, los jirones de sus ropas como único residuo colgaban de un semáforo en medio de la calle. «Pensó que ninguna de las cosas de Dios importaban ya, que podía hacer lo que le viniera en gana.» Estuve a punto de arrojarlo a la basura; pero algo me lo impidió, una debilidad inesperada. «Los otros han sido redimidos, pero él aún se encuentra aquí.» En la última viñeta el adolescente caía de rodillas, entre lágrimas. «¿Por qué no presté atención en la iglesia? ¿Por qué tuve relaciones sexuales antes del matrimonio?», declamaba poco convincentemente mientras sobre su cabeza el humo de la ciudad en ruinas tomaba la forma de un sabio taciturno. En la distancia, una bestia con grandes cuernos emergía de un lago. Las últimas palabras eran: «Si sólo hubiera abierto su corazón».

La dirección postal correspondía a una iglesia en la carretera I-99, apenas a dos millas de casa. La había pasado por alto cada noche en mis visitas al centro cuando salía de la oficina. A esa hora la desviación a la iglesia resultaba tan poco visible a mis ojos como la desviación a mi propia casa. A esa hora sombría lo único que podía ver era el rostro de mi mujer y el rostro imaginado de su captor, genérico como un retrato policial, pero tan sólido como el asfalto bajo las ruedas y el volante entre mis manos.